

EDUARDO MENDICUTTI  
MAE WEST Y YO

Ella: «Adoro el rubio platino»  
*3 de julio, sábado*

Cuando estoy buena, soy muy buena. Pero cuando estoy mala, soy mucho mejor.

Estoy pachucha, sí, ¿y qué? Soy Mae West, la gran mujer que mi hombre tiene delante. Vale, he engordado, me he puesto como un higo chumbo, ¿y?, ¿pasa algo?, seguiré siendo Mae West hasta la muerte. Porque moriremos, nos moriremos todos. Es verdad que me pasa lo que me pasa y que mi pequeño gran hombre, con esa carita de pena que me pone cada dos por tres desde que le dieron la mala noticia, me ha dicho que ahora no tendré más remedio que portarme bien, que vigile los ojos, que vigile la lengua, que vigile el escote, que Dios me lo premiará con un buen novio. Y yo le he dicho:

–Cariño, entre un buen novio y un buen escote, prefiero el escote. Te permite probar muchos novios hasta dar con el bueno.

Entonces él me ha dicho que no vaya tan sobrada, que para darme cuenta de lo poquita cosa que soy no tengo más que bajarme de los tacones y poner los pies en el suelo. Y dale, qué cansinos se ponen todos con los taños.

Yo le he dicho:

–Encanto, ya sé que no soy Jane Russell, mis boys siem-

pre me sacan un pie y siete pulgadas. Pero no te hablo de lo que me meten.

Entonces él se ha puesto como marquesa en ayunas. Que qué ordinaria, que ya se nota que no soy más que una suplantadora, que, en todo caso, debería haberme llamado Joan Fontaine, por la lengua tan sucia que tuvo siempre aquella chica de ensueño que parecía tan fina, y por las peloterías a cara de perro que se traía siempre con su hermanita, la muy pánfila, en apariencia, Olivia de Havilland. Que una grosería como la que yo acababa de decir no era digna del ingenio desvergonzado, pero nunca basto, de una auténtica Mae West. Así que le he dicho:

–Amor, a veces, para seguir a flote, perder un poco de dignidad es más útil que perder un poco de peso.

Porque, a fin de cuentas, de eso se trata. De seguir a flote. Con garbo, por descontado. Con todo el garbo picarán que me permitan –que es mucho– mis centímetros extras de envergadura y mis gramitos de sobrepeso. Incluso en un sitio como éste. Porque hay que ver a qué sitio tan estirado me ha traído este hombre. Se llama Villa Horacia Village & Resort, no digo más. Pero él me ha pedido que sea buena chica y me ha prometido que aquí lo pasaremos bien. Y yo le he dicho:

–Mi amor, las buenas chicas lo pasan bien en sitios como éste. Las malas, sólo en los sitios que merecen la pena.

Él me ha dicho que plagio a la Mae West verdadera. Con variantes, pero que la plagio. Que un poco más de originalidad, por favor. Y que, en un sitio como éste, más me vale controlar un poco mi natural tendencia al coqueteo, al contoneo y a la sobredecoración personal. Que, desde luego, debería rebajar un poco el color de mi pelo,

que ya no tengo edad para el estrepitoso rubio platino, aunque tampoco es que él pretenda que me deje mis elegantes canas naturales, pero que estaría estupenda con un tono rubio ceniza. Y yo le he dicho:

–A-do-ro el rubio platino. Y o-dio el rubio ceniza. Me hace parecer decente e intelectual.

Entonces él me ha dicho que lo que faltaba, que también plagio a no sé qué personaje de don Oscar Wilde, sólo que el personaje de *mister* Wilde se refería a las perlas, y luego ha sacado su genética plebeya y me ha espetado, en un tono de antigua funcionaria de prisiones, que esto es lo que hay. Que su primo Jerónimo Hidalgo le ha prestado este chalé tan vistoso y confortable hasta finales de julio y que no encuentra ninguna razón para marcharse antes. Yo, claro, no iba a dejar que se me escapase la oportunidad de mortificarle un poco, cosa que a veces les viene bien a los hombres cuando están pachuchos y decaídos; pachucho, qué palabra, parece el nombre de un perrillo de la pobre Marilyn. Mi hombre, es cierto, está pachucho, y yo tengo la culpa, qué se le va a hacer, es lo que tiene ser una mujer fatal, pero un poco más de mortificación puede al menos enrabietarlo. Así que dije:

–Siempre es igual: los tipos que menos prisa tienen por marcharse son los que más prisa se dan por venirse.

Él no se enrabietó. Al contrario. Puso cara de santa Virtudes a punto de ser devorada por las fieras y, con esa resignación escurrida y dolorosa que ahora saca a pasear tanto y que a mí me pone a tocar a rebato, me dijo:

–Esa banderilla negra no procede.

Entonces la que me enrabieté fui yo.

–Con un espíritu tan mustio –le dije– sí que no vamos a ir a ninguna parte. Después no te quejes si, al menor des-

cuido que tengas, te tiño de rubio platino hasta los pelos del consistorio, a ver si eso te anima un poco.

Sonrió. Algo es algo. Empezó a guardar sus cosas en el ropero de la alcoba principal. La verdad es que hay mucho que hacer en todas estas habitaciones. No digo que el chalé, de estilo cortijo con empaque, no sea vistoso a pesar de los desconchones de las paredes del porche, pero eso de que es comfortable lo pongo en cuarentena. O consigo que mañana mismo empiece este hombre a darle un poco de buen aire y de comodidad a esta casa, o dejo de llamarme Mae West.

En realidad, sólo soy Mae West, oficialmente, desde que a mi hombre, esta misma tarde, le dio por ahí. Te llamarás Mae West, me dijo el pobre. Yo, encantada. Me va muchísimo.

Yo: «Aquí jugaron días felices»  
*3 de julio, sábado*

Sigues asustado. Me lo dije en voz alta, mirándome en el espejo, antes de deshacer las maletas. Gracias a las persianas entornadas del gran ventanal que da al porche trasero, en la alcoba había una penumbra acogedora, a pesar de que el chalé lleva meses cerrado y sin ventilar. Nada más entrar fui a mirarme en el espejo de la cómoda como si necesitara reconocermme, comprobar que no había envejecido de golpe, que no había adelgazado de manera alarmante en las últimas horas, que las tetas no me habían crecido desconsideradamente durante el viaje, que no tenía en el rostro, ni en la calva, ni en las manos señales repentinias de la enfermedad. Respiré hondo. Intentando imitar la solemnidad guasona que a veces utilizábamos entre nosotros, los veteranos en «la carrera», sobre todo cuando llegaban al gabinete jóvenes diplomáticos con la oposición recién ganada y nombres corrientes, me dije: Felipe Jesús Guillermo Bonasera y Calderón Hidalgo Ríos Núñez de Arboleya, de momento todo está controlado, pero sigues muerto de miedo. Ahora, por culpa de aquel hermoso muchacho que se bajaba de la bicicleta y empujaba la verja del chalé de enfrente, mientras yo pagaba al taxista.

Había llegado a Jerez en un tren que ahora tarda tres horas y media desde Madrid. La duración del viaje está al

borde de lo desagradable, pero se puede sobrellevar sin mucho mérito –siempre que no haya en el coche algún niño destemplado– gracias a los periódicos, un libro y ese sucedáneo de almuerzo que dan en clase preferente. Además, en el tren, durante un trayecto de tres horas y media, puedo levantarme un par de veces para ir al baño y, de paso, estirar un poco las piernas sin molestar mucho a nadie. Los humillantes trámites del control de pasajeros, las limitaciones impuestas en el equipaje de mano y el equipaje facturado, y los retrasos que pueden ir de la desconsideración al ensañamiento han convertido en intolerables los viajes en avión.

En la estación de ferrocarril de Jerez cogí un taxi que me llevó a Sanlúcar y me dejó en Villa Horacia, en la puerta de Los Zarzales, el chalé de mi primo Jerónimo Hidalgo, apenas pasadas las cuatro y media de la tarde. El taxista me ayudó a bajar las maletas y, mientras le pagaba una cantidad que superaba bastante lo que indicaba el taxímetro –«los suplementos», me dijo el hombre, sin especificar–, vi al chico. Un chico alto, seguramente algo mayor de los quince o los dieciséis años que aparentaba gracias a unas facciones aniñadas pero muy sensuales –los ojos grandes y pardos, la nariz poderosa, los labios llenos y humedecidos por el sudor y la saliva, el mentón bien dibujado–, fuerte, rubio, con un color acaramelado por ese efecto que produce en las pieles claras el sol cuando se toma mientras se hace ejercicio –y no tumbado como un bistec, sobre una sartén en forma de toalla–, con un pelo dorado y voluminoso, lleno de rizos en los que resultaba difícil calcular el último corte de tijera. Me entretuve un poco en la absurda tarea de poner en orden las maletas por tamaños, y así pude seguir con la vista al muchacho, por

entre el enrejado de la cancela, hasta que entró en la casa. Había llegado en bicicleta y se había bajado de la máquina –como dicen en las retransmisiones de carreras ciclistas– con una parsimonia, una suavidad y una armonía que recordaban a las de esos trapeceistas de músculos largos y flexibles que logran ralentizar sus volteretas en el aire y dibujar con el cuerpo escorzos flotantes y muy delicados. Llevaba unas calzonas deportivas de perniles muy cortos y anchos –poco adecuados para correr en bicicleta, pensé– que dejaban al descubierto, hasta casi las ingles, unos muslos alargados y tersos, resplandecientes. La camiseta sin mangas, pegada al torso, enmarcaba unos brazos acostumbrados, sin duda, a deportes manuales o que exigen un notable esfuerzo de cintura para arriba: windsurf, parapente, tenis, quizás remo, tal vez balonmano, o balonvolea playero junto a la orilla, mientras se chapotea alegremente en el rompeolas. Empujó la verja con el hombro, y apenas se volvió para dejarla entornada antes de alejarse –despacio, a pie, con la bicicleta habilidosamente conducida por el sillín– por el camino de grama y piedra rosada que lleva a la puerta de su casa. Porque he dado por hecho que el chico vive ahí. Sólo espero que no sea el hijo de una muy bella condesa polaca y viuda que ha venido a pasar el verano en esta lujosa urbanización junto al mar, con sus tres hermosas hijas y su guapísimo hijo, eso sí, dudosamente adolescente. No me importaría –todo lo contrario– acabar mis días en una terraza frente a la desembocadura del Guadalquivir y el coto de Doñana, sentado en una butaca de mimbre y con una mantita sobre las piernas, pero no pintarrajeado como una tapia a merced de los grafiteros, y suspirando por una mirada, por una sonrisa, por una sola palabra, no diré por una caricia, de un

jovenzuelo radiante, ensimismado y desdeñoso. Cierto es que, de momento, el jovenzuelo responde a esas características. Ya no es que no me saludara –ni un fugaz movimiento con la mano, ni un gesto con la cabeza–, es que ni siquiera me miró. Supongo que un ejemplar tan joven y tan magnífico no está para reparar en nadie que no sea él mismo, y mucho menos en un señor mayor –un anciano de más de sesenta años, pensaría, si se fijase– que está en medio de la calle, en una urbanización de casas rigurosamente protegidas –el chico había cometido la juvenil imprudencia de no cerrar la cancela con llave–, a las cuatro y media de la tarde, bajo el solazo de primeros de julio, vestido con chaqueta azul y pantalón gris y ridículamente preocupado por ordenar sus maletas de mayor a menor. Bastante hacía un chico como él con permitir, sin disgustarse, que hasta algún anciano de más de sesenta años le siguiera con mirada libidinosa. A fin de cuentas, tenía una espalda y un culo maravillosos. «Maravillosa espalda, maravilloso culo», susurré. Y entonces ocurrió. Entonces pensé que sentiría el picotazo excitante e impaciente del deseo. Qué ingenuo. Como si no conociera de sobra el efecto del tratamiento de la enfermedad. Había esperado aquel picotazo, y el picotazo no estaba allí. Fue como si de pronto se abriera un gran boquete alrededor de mí y de mis disciplinadas maletas. Y sentí, agigantado, un vértigo similar al que uno siente cuando mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta en busca de la cartera, pero la cartera no está. Un punzante sentimiento de pérdida. Tuve de pronto la sensación de estar fuera de lugar. Busqué angustiadamente las llaves de Los Zarzales, como si necesitara esconderme enseguida de mí mismo, del espejismo de sentirme tan bien. Abrí el portón. Arrastré como pude, to-

das a la vez, las maletas hasta la casa. En el recibidor, en el salón, en la cocina olía a atmósfera ligeramente fermentada. No había televisión, me perdería el encuentro de semifinales del Mundial de Sudáfrica entre las selecciones de España y Paraguay. Por fortuna, ya no necesitaba recordar durante toda la noche, como un calmante, sentado en una butaca junto a la ventana de mi dormitorio abierta de par en par, algún hermoso partido del Real Madrid, seguramente un remedio estrambótico, pero el mejor que llegué a encontrar contra la ansiedad y el insomnio: el le-xatín, muy leve, que me había recetado el médico de cabecera sólo me producía una desagradable sensación de abatimiento físico y no me permitía conciliar el sueño. Aquí, en el dormitorio principal, gracias a que las persianas estaban entreabiertas y a que el sol ya daba de lleno sobre el ventanal de la habitación, el aire olía como si estuviera recién tostado y resultaba tranquilizante y acogedor. Me miré en el espejo de la cómoda. Me dije, en voz alta:

–Sigues asustado.

Luego, comprobé que todo estaba bien. Que no había adelgazado más, que no me habían crecido una barbaridad las tetas –posible y desmesurado obsequio, al parecer, de la inyección que tengo que ponerme cada tres meses–, y respiré hondo para calmarme. Y dije en voz alta la solemne y guasona retahíla de mi nombre compuesto y un montón de apellidos, para bromear con el miedo.

Entonces Mae West dijo:

–Cariño, acabarás delgadísima y con unas tetas enormes. El sueño de tu vida.

Allí estaba. Había dejado a mis chicas en casa, pero allí estaba ella. Al menos, allí estaba su voz. Le dije que tenía que portarse bien, que vigilara el escote. Estuvimos en-

sayando un rato réplicas y contrarréplicas, como hacemos en casa cada vez que decido entretener un poco a los amigos. No estoy en mi mejor forma, pero, al menos, «hago músculo». Me dijo que, si hace falta para que me anime un poco, me teñirá de rubio platino los pelos del consistorio. Así que le dije:

–Bruja, bienvenida a Los Zarzales. Te llamarás Mae West, a ver si te esmeras.

Antes de deshacer las maletas, abrí del todo las persianas, dejé que el sol entrara en la habitación como una riada y, después de ordenar un poco mis cosas, me senté en la butaca que hay junto al ventanal y me puse a recordar cómo era Villa Horacia. Aquí jugaron días felices.

# Libros de Eduardo Mendicutti en Tusquets Editores

## ANDANZAS

El palomo cojo  
Los novios búlgaros  
Fuego de marzo  
Yo no tengo la culpa  
de haber nacido tan sexy  
El beso del cosaco  
El ángel descuidado  
California  
Ganas de hablar  
Mae West y yo

## LA SONRISA VERTICAL

Siete contra Georgia

## FÁBULA

Una mala noche la tiene cualquiera  
Tiempos mejores  
Fuego de marzo  
El palomo cojo  
Última conversación  
Yo no tengo la culpa  
de haber nacido tan sexy  
El beso del cosaco  
Los novios búlgaros  
El ángel descuidado  
California